

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Catequesis

AÑO DE LA FE 2012-2013

«Creo en el Espíritu Santo»

16 de mayo de 2013

El Credo, que resume la fe de la Iglesia, está estructurado en tres partes: profesamos la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El apartado relativo a Jesucristo es el más desarrollado. A la confesión en el Espíritu Santo se le ha unido tradicionalmente la de la Iglesia, en cuanto lugar de su presencia y de su actuación, como veremos en el próximo comentario.

Mt 28,29 contiene la fórmula bautismal trinitaria, que ha influido en la configuración del Credo de la Iglesia: *«Id y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»*. En las cartas de san Pablo hallamos dos textos preciosos de índole trinitaria. La Segunda Carta a los Corintios concluye con la siguiente bendición, probablemente de sabor litúrgico: *«La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con todos vosotros»* (2Co 13,13). La reforma litúrgica propiciada por el Concilio Vaticano II ha recuperado esa fórmula como saludo al empezar la Eucaristía. Dios Padre, su Hijo Jesucristo y el Espíritu Santo son fuente de bendición, de amor y de unidad; la Trinidad Santa ha manifestado y comunicado su bondad a los hombres. El otro texto paulino está en el marco de los carismas; la diversidad de carismas no disgrega la comunidad cristiana, ya que su origen es el mismo Espíritu, el mismo Señor Jesucristo y el mismo Dios Padre (cf. 1Co 12,4-6).

Por las palabras, la oración, la obediencia, la entrega hasta la muerte y la resurrección de Jesús hemos

dinamismo de una vida nueva frente a la vida envejecida por la avaricia, el orgullo, el desenfreno, la amargura, las rivalidades y la desesperanza.

Jesús, cuando estaba a punto de pasar de este mundo al Padre por su muerte y resurrección, prometió reiteradamente a sus discípulos el Espíritu Santo. Cinco citas dispersas en los capítulos de la última Cena de Jesús con sus discípulos nos prometen el Espíritu Santo, el Paráclito, que puede traducirse como ‘abogado, defensor, protector, consolador, animador’. Estos son los textos: Jn 14,15-17; 14,25-26; 15,26-27; 16,4-11; 16,12-15. El Espíritu Santo guiará a los discípulos hacia la verdad plena, les recordará lo que Él hizo y dijo, les dará valor para ser sus testigos también en las persecuciones, y les otorgará un gozo que nadie podrá arrebatárselos. Jesús no deja solos a sus discípulos, aunque visiblemente se haya separado de ellos; les envía otro Paráclito para acompañarlos en la vida y en la misión. Los cristianos de las generaciones posteriores no estamos más lejos de Jesús que los de la primera generación, ya que el Paráclito está con nosotros.

La misión de la Iglesia es obra conjunta de la presencia de Jesús y de la actuación del Espíritu. La Iglesia naciente recibió el Espíritu Santo en Pentecostés (cf. Hch 1,5; 2,1 ss.), pero también en otras ocasiones se derrama el Espíritu a grupos de creyentes (cf. Hch 4,31; 8,15-17; 10,44 ss.; 19,6). Prolongando estas efusiones del Espíritu Santo, podemos decir que los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación son como el Pentecostés personal de cada cristiano (cf. Hch 2,38).

El Espíritu Santo no puede ser “el gran desconocido”, como a veces se ha dicho. Está en nosotros y va con nosotros, ya que es el Espíritu de Dios que se une íntimamente a nuestro espíritu.